
Proyecto de un atlas lingüístico de Hispanoamérica

Introducción

El español de América, como tantos dominios lingüísticos, y más que muchos, carece de estudios homogéneos y coherentes. Esta afirmación es más bien un lamento repetido y nos exige una dedicación inmediata y continuada, pero en este mismo instante asaltan nuevas y problemáticas interrogaciones: ¿qué se puede hacer? ¿Cómo hacerlo? A estas preguntas quisiera dar una parcial respuesta. Parcial, sí, pero realizable con sus muchas limitaciones y si la solución fuera viable tendríamos en poco tiempo las bases sobre las que podrían trabajar las futuras generaciones.

Partamos de lo ya sabido. Poseemos trabajos, muchos trabajos; diccionarios, no escasos diccionarios, pero la realidad se nos esquivo. No debemos descorazonarnos por ello. Hace muchísimos años, Wilhelm Meyer-Lübke se planteó estas mismas cuestiones para el mundo románico y escribió unas palabras que me permito copiar:

«La matière a étudier, particulièrement celle que nous fournissent les dialectes, est encore très inégale et très défectueuse; mais l'exploitation de tous les dialectes occupera encore les recherches de plus d'une génération, et c'est déjà servir la science que d'indiquer les plus grandes lacunes»¹.

La situación no era, pues, muy consoladora cuando el gran comparatista abría las páginas de su obra monumental. Sabemos que han pasado muchas generaciones y hay lagunas que todavía no se han cegado y aun lo mucho que se ha hecho ha exigido un método que por 1890 no era fácilmente imaginable. Pero ni siquiera con lo que se sabía se podía contar:

«Étant donné le grand éparpillement des ouvrages qui traitent de ces matières, bien des travaux ont dû m'échapper; il en est d'autres que je n'ai pu me procurer ici où je n'ai guère eu à ma disposition que les ressources de ma bibliothèque particulière»².

Esta es la situación en que nos encontramos cuantos de una u otra forma hemos trabajado sobre el español de América: vacío y bibliografía inalcanzable. Habrá, pues, que enfrentarse con esos espectros para hacerlos huir de nuestra presencia inmediata. Después, vendrá el iluminar las sombras. Pero, por poco que pensemos, las cuitas de Meyer-Lübke se repiten en el continente americano y, con técnicas distintas de las suyas, se ha intentado resolver alguna de las muchas dificultades. Pienso por ejemplo,

¹ *Grammaire des langues romanes*, trad. E. Rabiet, t. I. París, 1980, pág. VII.

² *Ibidem*.

en lo que significó el esfuerzo de Delos Lincoln Canfield cuando en su conocida monografía ³ trató de llenar un hueco y de recoger lo que andaba desperdigado por cien lugares escondidos; para él —y tenía razón— era «indispensable un estudio que presentara el cuadro americano como conjunto» ⁴, pero, en las palabras de Tomás Navarro que servían de pórtico a la obra, estaban explícitas o subyacentes las mismas exigencias que formulaba Meyer-Lübke:

«Sorprende en efecto la abundancia de variedades fonéticas del habla hispanoamericana, considerada especialmente en el nivel popular. Mayor aún es la riqueza de sinónimos, relativos sobre todo a objetos de la vida rural y doméstica [...] Es indispensable recorrer los campos, visitar los pueblos y observar, analizar y anotar con método y plan. En la red de líneas geográfico-lingüísticas no pueden faltar núcleos de concordancias que en el fondo [...] respondan a los mismos principios que han servido de base a las supuestas zonas históricas y etnográficas» ⁵.

En las citas aducidas hasta este momento hay un anhelo común (la necesidad de recoger materiales según un «método y plan») que, si en Meyer-Lübke se veía de remota solución, en Navarro-Canfield apunta hacia una diana muy precisa: la geografía lingüística ⁶.

Geografía lingüística neorrománica

Porque fue la geografía lingüística el método que vino a cumplir los deseos de Meyer-Lübke. No porque resultara una panacea universal, que no lo es, sino porque ofrecía, con cuantas limitaciones como queramos, unos principios que han permitido la uniformidad y la coherencia que son necesarias para la elaboración de cualquier cuerpo doctrinario. Uniformidad para que los datos sean homogéneos, coherencia para que se manifiesten en su vinculación y, resultado de ambas, la visión espacial simultánea y ordenada geográficamente. Porque hablar en América de un inmenso proyecto lingüístico no es acariciar la imposibilidad de un sueño, sino la realidad tangible de los hechos. Hoy que existen —ya— el Atlas Lingüístico del Mediterráneo ⁷ y el Plurilingüe de Europa ⁸, intentar acometer el del mundo hispánico no es otra cosa que buscar soluciones a los problemas que, antes, existieron para la Rumania o que sentimos en cada una de las singladuras parciales que intentamos. Por eso era necesario el recuerdo a Meyer-Lübke o a las búsquedas por nuestra América.

³ *La pronunciación del español en América. Ensayo histórico-descriptivo*. Bogotá, 1962.

⁴ *Ibidem*, pág. 60.

⁵ Navarro, op. cit. nota anterior, págs. 17-18.

⁶ Cfr. GERHARD ROHLFES, *Die Entwicklung der Sprachgeographie*, apud *Romanische Sprachgeographie*, Munich, 1971, págs. 1-25.

⁷ La bibliografía va siendo numerosa, permítaseme una referencia en la que se encontrará toda suerte de informes: *Terminología marinera del Mediterráneo y Atlas plurilingües- Metodología*. Madrid, 1977.

⁸ Cfr. A. WEIJNEN, *Atlas linguarum Europae. Introducción*. (Trad. M. y C. Alvar Ezquerria.) Madrid, 1976, y *Outlines for an Interlingual European Dialectology*. Assen, 1978.

Tomemos un hecho concreto. Al organizar la *Enciclopedia Lingüística Hispánica* pensamos en un capítulo: caracterización peninsular del léxico español de América. O dicho de otro modo: ¿cómo es el léxico románico del Nuevo Mundo? Ver hasta qué punto el vocabulario de las dos bandas del Océano es concorde o hasta qué punto resulta discrepante. Mejor aún: ¿la variedad se ha producido por una evolución americana o constaba ya en el habla de los colonizadores peninsulares? ¿Hubo homogeneidad en el origen o no? ¿En América se nivelaron las discrepancias? Todo ello, como es lógico, aparte de lo que los indigenismos hayan podido conformar en cada sitio. Sin embargo, todo esto —preguntas y respuestas— no tuvieron eco, porque faltó la propia voz. Todos los lingüistas de América —desde el norte hasta el sur— respondieron de la misma manera: el trabajo es imposible porque falta información. Por veredas diferentes habíamos vuelto al aserto de Meyer-Lübke: ¿cuántas generaciones antes de tener materiales de Chihuahua y Pasto, de Cochabamba y Valdivia, de Quetzaltenango y Arequipa, de Salta o Margarita— Y si esas generaciones llegaran a cumplirse, ¿los materiales serían igualmente fiables? ¿Responderían a idénticos criterios? ¿Siempre se habría preguntado, y entendido, de la misma manera? La solución es dual: se abandona para siempre el intento o se procura asentar unos cimientos que valgan por los siglos en que nuestra lengua dure. La respuesta sólo puede ser válida desde el segundo planteamiento: imposible esperar que con retazos parciales lleguemos nunca a la coherencia; es necesario afrontar la totalidad del problema. Y también ahora la situación de América —de apariencia desolada— no es desconsoladora. Puede seguir el paso que marcaron quienes nos han precedido.

En 1954, Gerhard Rohlfs publicó un trabajo muy ilustrador, *Die lexikalische Differenzierung der romanischer Sprachen. Versuch einer romanischen Wortgeographie*⁹. Con un conjunto de cincuenta tipos léxicos trató de estudiar la evolución especial de cada lengua románica, la articulación tetramembre de la Rumania, los cortes en la historia del latín vulgar, las causas de la renovación del vocabulario neolatino. El panorama resultaba de una singular brillantez: cada palabra tiene, sí, su propia historia; pero la tiene —también— cada lengua, la tiene —incluso— cada peripezia del latín. Aquellos cincuenta tipos léxicos habían permitido, mapa a mapa, una nueva interpretación del léxico romance; algo que había sido desatendido porque faltó el ánimo de hacer una geografía léxica. Ante el investigador había aparecido el método que borró la palabra *imposible* de las reiteradas respuestas. Era posible intentar caracterizar el vocabulario del español de América por un procedimiento que hiciera olvidar los vacíos bibliográficos o los artículos desperdigados por revistas inalcanzables. Surgió así la idea de enfrentarse con la realidad léxica de América como si no poseyéramos nada, ni un diccionario general, ni un vocabulario regional, ni un léxico especializado. Todo ello sería útil después, cuando dispusiéramos del conjunto trabado; ese después nos permitiría perfilar, lo que se pretendían —sólo— unas grandes manchas de color que plantearan los problemas. Entonces habría que empezar por lo inmediatamente

⁹ «Sitzungsberichte der Bayerischen Akademie der Wissenschaften». *Philosophisch-historische Klasse*. Jahrgang, 1954. Heft 4. Traduje la obra al español: *Diferenciación léxica de las lenguas románicas*. C.S.I.C. Madrid, 1964. Ahora puede verse incluida en el libro *Estudios sobre el léxico románico*. Gredos. Madrid, 1979.

hacedero. Cincuenta mapas no parecen excesivos, a pesar de los resultados obtenidos; ahora, para el primer intento de cartografiar el *Atlas linguarum Europae* se trazan sesenta. Pero Gilliéron consideraba que un cuestionario con menos de 200 preguntas no podía dar resultados satisfactorios¹⁰; con todas las diferencias que hay entre el pequeño dominio del Valais románico y el inmenso de la América hispanohablante, se podía partir de esta cifra «ideal» para intentar un primer *Cuestionario provisional*¹¹. Se redactó, pues, un índice que contenía 211 palabras, escogidas de los cuestionarios peninsulares¹². Era una parvada de voces cuya eficacia se había comprobado: en El Colegio de México, donde organicé el trabajo (1964), había alumnos de ocho países hispanoamericanos y con ellos comprobé y seleccioné las palabras que iban a ofrecer las posibilidades de iniciar las encuestas. Después, por correspondencia, se rellenaron cuadernos y cuadernos; se redactaron los doscientos mapas que siguen inéditos¹³, y se esperó la ocasión de presentar los datos. Se cumplía así una modesta pretensión formulada entonces en unas cuantas líneas:

«Recoger con facilidad, rapidez, economía y buen sentido, unos materiales que de otro modo tardaríamos muchos años en tener reunidos, o acaso nunca lo viéramos formando gavilla. Después vendrá el trabajo sobre el terreno y la perfección de los datos. Problemas de “macrolingüística” que abren el camino de la “microlingüística”, o que son por ella perfeccionados»¹⁴.

La tarea cumplida parecía previa a cualquier otra, pero sus especiales características (brevísimos muestreo, recolección de materiales a distancia, carácter —a las veces— ocasional de la recolección)¹⁵ la diferencian mucho de lo que ahora quisiera hablar.

Una encuesta ya realizada

Porque mis pretensiones en estos momentos son muy otras: intento llamar la atención sobre la necesidad que sentimos de poseer un instrumento de trabajo que sea más que un esbozo del léxico español de América. Quisiéramos que —entre todos— pudiéramos hacer ese atlas que, de una vez, resolviera unos problemas, planteara otros, indicara los portillos por donde hay que penetrar para que nuestros conocimientos se acrecienten, etc. Entonces habría que pensar en unas tareas de lingüística institucional mucho más ambiciosas de las que hasta este momento se han proyectado,

¹⁰ Cfr. Sever Pop. *La Dialectologie. Aperçu historique et méthodes d'enquêtes linguistiques*. Lovaina, 1950, t. II, pág. 1.139 y t. I, pág. 183.

¹¹ *Léxico del español de América. Cuestionario provisional*. Granada, 1966.

¹² *Ibidem*, pág. 4.

¹³ En el Seminario de Lengua Española de la Universidad Autónoma de Madrid, que a la sazón dirigía (1968-1969).

¹⁴ *Léxico del español de América*, pág. 8.

¹⁵ Muchos cuestionarios los rellenaba en los lugares que visitaba o me los rellenaban los alumnos que venían a trabajar conmigo. Por eso tengo en ocasiones varios cuadernos completados en un punto y me faltan informes de otros. La encuesta por correspondencia no siempre fructifica.